Sí... se amaban otra vez.

Entonces sonrió ella de un modo inefable; los ángeles la dieron aquella sonrisa, ¡y aquella sonrisa fué de júbilo, de pasión, de gratitud, de enternecimiento, de veneración, de ventura!

El sol salió en aquel instante.

Luis y Adela volvieron a la quinta.

Delante de ellos iba la esperanza, sembrando de flores el camino y tiñendo de gloria el horizonte.

¿Qué dices, lector?

Me parece estarte oyendo: me acusas de ilógico, de poeta, de delirante; exclamas que esa escena es imposible; me pides por favor que no siga; que no pronuncie estas palabras fatales: se casaron; y juras y perjuras que Luis es tonto y Adela ¡qué sé yo qué!

Pues, lector, di lo que gustes.

¡Feliz tú si no puedes creer ni comprender más de cuatro cosas!

Conque... «escucha y tiembla», como dice Edipo.

Adela y Luis se casaron hace dos o tres días.

El 31 de mayo próximo cumplirá nueve años el hijo de Julio Blandini.

LA HERMOSA

I

¡Hermosas de mi alma!

Penoso es el deber que me he impuesto: nunca fué tan encarnizada como en este momento esa sempiterna lucha que sostiene, al veros, mi cabeza contra mi corazón. Por esta vez mi corazón callará; callará porque yo se lo mando, y mi razón fría, insensible, estoica, como la mano de Scévola o cual el escalpelo de un anatómico, penetrará sin conmoverse en el terreno de las... conmociones.

Tranquilo y resignado hice la autopsia de la «fea» (1): Dios es testigo de que no temía su odio... quizás no lo esperaba... Pero vuestro odio, hermosa, vuestro odio dejaría mi alma... en el mismo estado en que se encuentra.

De cualquier modo, el deber lo manda: es preciso colocar la verdad en su trono (ya ven uste-

---

(1) Alude al trabajo titulado «La fea».—«Autopsia», publicado por primera vez en «El Eco de Occidente», y reproducido después en «Cosas que fueron».

des que soy monárquico), es menester callar o decirlo todo... todo... ¡Ah!, yo os pido perdón previamente: yo protesto... es decir, mi corazón protesta contra todo lo que voy a consignar... ¡Hermosas!, yo os idolatro todavía más de lo que quisiera, tal vez más de lo que debo... ¡convenido!, y por lo tanto me arrepiento, declaro que soy un torpe... todo lo que queráis... Es más: yo os contentaré en su día con unos suaves, mentirosos, aduladores versos... pero hoy... hoy es indispensable consolar a aquella pobre «fea», de quien acaso os habréis reído por espacio de dos semanas...

Hoy le toca a ella reir y a vosotras rabiar.

Ese es el mundo.

II

¿Por qué una mujer hermosa es hermosa?

¿Dónde están las reglas del gusto?

¿En qué libro, en qué código se determinan la magnitud de una boca, la colocación de una oreja, el color de unos ojos?

¿Por qué hemos de convenir todos los europeos en que una nariz recta, encanutada, griega a lo Fidias, es el ideal de las narices?

¡Eh! Pues suponed que yo ahora salgo diciendo que me gustan las chatas; que aquello es encantador; que Fidias es un zopenco... ¿qué me contestaréis?

¿Cómo me probaréis que Dios no hizo a Eva chata, o que la coqueta naturaleza no se complace con aquellos versos de Quevedo:

«Las narices en cuclillas
y las facciones a gatas»?

No lo dudéis: la hermosura es un pacto convencional; es una moda. La belleza china está en los ángulos, así como la nuestra en los círculos: una «leona» de Pekín sería realmente en Nápoles una fiera. Los etíopes prefieren las negras a las blancas. ¡Ay, hermosas! ¡Desdichado para vosotras el día en que ocurra a los granadinos pensar como los etíopes!

¿Lo bello es verdaderamente bello?

Lo dificulto.

¿Gustan las hermosas a todos los hombres?

Creo que no.

En cuanto a mí, afirmo y juro que el tipo de hermosura que yo prefiero, dará náuseas a la generalidad de mis prójimos.

¿No habrá muchos que piensen como yo?

Sépanlo ustedes, señoritas: los gobiernos absolutos han prescrito. No estéis orgullosas las que tenéis la boca como un anillo: hay hombres que gustan de las bocas grandes; no os engriáis con los colores de leche y carmín que ha espurreado Dios en vuestras mejillas: hay hombre que sin

ser romántico se muere por el color de aceituna.

Además, aunque lo que vosotras llamáis «bello» sea realmente «bello» ¿cuál será la que reuna todos los adminículos de la belleza perfecta?

¿Queréis saber cuáles son? Pues copiemos:

«Para que una mujer goce de completa perfección en su belleza, se necesita que tenga:

Tres cosas blancas: el cutis, los dientes y las manos.

Tres negras: los ojos, las cejas y las pestañas.

Tres rosadas: los labios, las mejillas y las uñas.

Tres largas: el talle, las manos y el cabello.

Tres cortas: los dientes, las orejas y los pies.

Tres anchas: el pecho, la frente y el entrecejo.

Tres estrechas: la boca, la cintura y el empeine del pie.

Tres gruesas: los brazos, las pantorrillas y las piernas.

Y tres pequeñas: el seno, la cabeza y la nariz.»

Ya lo habéis oido: veamos cuál de vosotras saca ahora el toro a la plaza.

III

Pero supongamos que la «hermosa» existe.

Y supongámoslo con tanto más motivo, cuanto que hay muchas mujeres que creen serlo.

Examinemos a esta mujer que todo el mundo, y ella la primera, tiene por bonita.

Antes de proseguir advertiremos que no hay regla sin excepción.

Partiendo de este principio, y sin detenernos en clasificaciones, como hicimos para hallar la fea, henos ya enfrente de la «hermosa» tipo, de la «hermosa» en esencia, de la «hermosa» modelo, de la «hermosa» adornada con las cualidades inherentes a su colosal amor propio.

Es una mujer de esas que llamamos bellísimas, que nos encontramos de manos a boca en la Carrera, que nos chocan, que las seguimos con los ojos, y que, pasados cinco minutos, se han borrado de nuestra imaginación. Es una mujer altiva como Juno, hermosa como Tetis, lujosa como Cleopatra; es un emporio de perfecciones relativas, donde el último respingo de la nariz está harmonizado con el más insignificantes pelo de las cejas, donde esta arruga del semblante está en simetría con aquel pliegue del vestido y la colocación de este hoyo con la colocación de aquel hueco, y aquella prominencia de carnes con aquel grupo de encajes y cintas; donde la forma de la pulsera hace la mano más pequeña y las cintas del sombrero la cara más picaresca; donde la caída del brazo tiene su dignidad, y la inclinación de la cabeza su significado, y el modo de pisar su mérito; y la tos su estudio, y la risa sus reglas, y el movimiento su compás, y las miradas su norma, y los saludos su método, y las palabras su orden ¡y el corazón ni un sentimiento!

Es una mujer de veinte años que lleva quince de ser bonita.

Es una bonita que pasa de este modo cada uno y todos los días de su juventud:

Se despierta y se mira al espejo.

Se gusta y se hace medio vestir.

Se admira en su «negligée» y piensa una hora en trajes y modas.

Almuerza, coqueteando hasta con su misma familia.

Pinta un poco, sin afición a la pintura, o lee sin más objeto que pasar el rato.

Pasea para que la «vean», y se ocupa durante el paseo en «ver» quién la «ve», y en apenarse porque Fulano no la ha «visto».

Ella no necesita «ver» a nadie.

Con «verse» a sí misma tiene lo suficiente.

Va como un autómata, arreglando sus movimientos de acuerdo con el espejo.

Tiene un novio por orgullo.

Pero aspira y quiere enamorar a los demás: propende, como Napoleón, a la monarquía universal.

Vuelve a su casa satisfecha porque ha gustado.

Come y va al teatro.

No está pensando en la comedia, ni en los actores, sino en sí misma.

La incomoda vivamente la atención que el público presta a las cómicas y el ardor con que las aplaude.

Cree que aquellos aplausos y aquellas miradas son robados a ella.

Siente envidia, y quisiera saber brillar como la cómica.

No puede y la desdeña; no la mira: quizás repara en el traje... Esto sí podrá criticarlo.

Sale del teatro con la cuenta en la memoria de los que la han mirado y de los que la han sonreído.

Aquella noche adora a los que no la han sonreído ni la han mirado.

Va tal vez de tertulia, donde luce todos sus atractivos para hacer prosélitos...

Vuelve a su casa bostezando...

Lleva el corazón vacío.

El amor propio se siente en la cabeza.

Y todo el que se ama mucho, ama muy poco a los demás.

Pero esto pertenece ya al párrafo de sentimientos y propiedades.

IV

La mujer hermosa, destinada por Dios para la fisiología, no tiene otro valor que el de su simple apariencia.

Cáscara.

No busquéis reflexión en su cabeza.

No busquéis sentimientos en su corazón.

La hermosa que los tenga no sabe ser hermosa.

Hermosa es sinónimo de coqueta.

Coqueta es una cosa como demonio.

Una cabeza hueca, un corazón frío: he aquí todo.

Ni nunca ha meditado en nada, ni ha dado cabida a ninguna emoción.

Su hermosura la ha ocupado siempre.

¿Cómo queréis que piense en el mendigo que la implora, ni en el sabio que la saluda, ni en el virtuoso que la visita, una mujer que está embebida en las siguientes reflexiones?

Me morderé los labios, por si han palidecido.

¡Si llevaré el mantón derecho!

Me reiré para que luzcan mis dientes.

Alzaré las manos para que no se carguen de sangre.

Arrugaré el entrecejo.

¡No estará de más enseñar la punta de la bota!...

¡Dichoso charco! ¡Luciré el bordado de las enaguas!

¡Si pudiera ruborizarme!...

Bajaré los ojos un poquito...

Ahora se me están marcando los dos hoyuelos de mis mejillas...

Por consiguiente, oye y no escucha; se la habla y no atiende; se la quiere conmover y está pensando en otra cosa.

Va a la iglesia y no ve a Dios: no la ocurre meditar en él. ¡Está tan preocupada! ¿Quién será el

que ha entrado? ¡Se oyen unos tacones!... ¿Si será?... ¡Qué bien estaré con el velo echado!

Es una mala hija. Cree que honra a sus padres con su hermosura. «Soy el orgullo de ellos, dice. ¡Me aman! Preciso... ¡A una hija tan hermosa!»

Es egoísta: donde ella esté no ha de brillar nadie. Va al Liceo; lee un muchacho una poesía; entre tanto nadie la mira a ella... «¡Qué tonto! ¡qué fastidioso!» Oye aplaudir... Entonces dice: «¡Qué bien!» Y quiere que el entusiasmo la embellezca... ¡a ella, que no conoce otro entusiasmo que el de su figura!

¡Y a estas mujeres se las adora!

A propósito: suponed que la veis; que os fascina; que os volvéis loco por ella; que os ha embriagado con su automática sonrisa; que os ha abrasado con su ojeada más académica...

¡Desventurados!

¡Aunque derraméis vuestro corazón a sus pies con sangre, lágrimas, sacrificios, abnegaciones y juramentos, no lograréis nada!

Ella cree merecerse mucho más.

En prueba de esto, voy a improvisaros un drama en tres actos.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Luis, Emilia

LUIS.—Emilia, os amo.

EMILIA.—(¡Lástima fuera que no me amase!)

LUIS.—Emilia, muero por vos.

EMILIA.—(¡Seré bonita!)

LUIS.—Emilia, miradme, por piedad.

EMILIA.—(*Le mira con ternura.*) (Luciré mis hermosos ojos.)

LUIS.—¿Luego, me amáis? Emilia, repondedme...

EMILIA.—(*Queda pensativa.*) (Yo necesito un carruaje; si me casara con un hombre rico, lo tendría... Este no podrá costeármelo...)

LUIS.—¿Qué me decís?

EMILIA.—(*Sonriéndose.*) ¿Sabéis bailar la *redowa?*

LUIS.—¿No tenéis corazón?

EMILIA.—¡Jesús, qué romántico! Vaya, déjese usted de escenas sentimentales... ¡Bonitos tengo yo los nervios!

LUIS.—(*Levantándose.*) No volveré a ver a usted, señorita.

EMILIA.—Lo sentiré mucho.

LUIS.—¡Ah! ¿Queréis que vuelva?

EMILIA.—Sí. ¿No he de querer,

LUIS.—Pero... ¿ni una esperanza?

EMILIA.—Seamos amigos. (*Le tiende la mano.*)

LUIS.—¡Pero sois tan hermosa!...

EMILIA.—(*Le mira, le sonríe.*) ¡Lisonjero!

LUIS.—¿Me amaréis?

EMILIA.—Veremos. (*Luis palidece de felicidad.*)

ESCENA II

Emilia, Luis, Jaime

(*Entra Jaime, que puede costear el carruaje; Emilia no mira a Luis; baila con el otro.*)

LUIS.—(*A Jaime.*) ¡Caballero, me quiero romper la crisma con usted! ¡Me estorba usted en el mundo! ¡Yo amo a esa mujer que ha bailado con usted! ¡¡Y tengo celos!!

(*Cae el telón.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Emilia, Juana

JUANA.—(*Entra corriendo.*) Señorita... señorita... se han batido... Le ha roto un brazo.

EMILIA.—¡Por mí! ¡Qué lástima! (¡¡¡Seré bonita!!!...)

ESCENA II

Dichas, Luis

LUIS.—Emilia... estoy desesperado: he vertido mi sangre por usted... ¡Perdería la vida!

EMILIA.—(¡Pobrecillo! ¿Qué querrá de mí? Yo quisiera amarle como él me ama... ¡Pero ponerme yo tan triste!... ¡No pensar más que en un hombre!... ¡Esclavizar mi voluntad!... ¡Nunca!)

LUIS.—¿Qué me decís?

EMILIA.—Que os doy las gracias por el interés...

LUIS.—¿Nada más? ¡Hace dos días que no os he visto! Me devora la fiebre... Este brazo me duele de un modo horrible... Pero soy feliz a vuestro lado... ¡Ah! ¡Una palabra de consuelo! ¿Me amáis?

EMILIA.—Me es imposible: me caso esta primavera con don Jaime.

LUIS.—¡Adiós! (*Huye como Edipo.*)

ACTO TERCERO

ESCENA UNICA

Emilia, Juana

JUANA.—¡Señora! ¡Ama mía!... ¡Jesús! ¡Se ha suicidado! ¡Pobre don Luis! ¡Y ha sido por usted!...

EMILIA.—Por mí... ¡Dios santo!... ¡Desgraciado!... (*Pausa larga.*) (¡¡Seré bonita!!...)

FIN DEL DRAMA

V

Fuera cuento de nunca acabar.

Resumiremos y concluiremos.

La estúpida hermosura que hemos descrito; esa hermosura que no ha de confundirse con la de otras mujeres, quizás más bellas, y que no obstante prefieren las dotes de su alma a las de su cuerpo; esa hermosura estéril, dura, infernal que dejamos bosquejada, es un gran problema de alto significado.

El desenfrenado amor propio de la coqueta no pasa de ser una idolatría.

Idolatría terrenal, fecunda en horrores.

Hay algo del positivismo cruel de nuestra época.

El alma está empapada en la soberbia mundanal, que tanto seca los sentimientos infinitos.

Hay una cosa peor que ateismo práctico en esa mujer, y es el indiferentismo.

En vano buscaréis un camino que vaya a parar a su corazón.

Acaso la lisonja... pero este es un pasajero instante. Después queda más insensible.

Aborrece a todo el que la ama. Ama a todo el que la aborrece.

Adoraría al que la pudiese hacer más bella, o conservarle su hermosura.

Ansía las grandes capitales; en las aldeas quiere estar un día.

No desperdicia un elogio. El jornalero haraposo que la diga un requiebro, esté seguro de que se lo agradece, de que lo absorbe su orgullo, de que lo traga su vanidad.

¡Rara existencia!

¡Vivir como la muestra de una fonda! ¡Vivir en exposición pública! ¡Vivir de la piel para afuera! ¡Pensar con el exterior!

Luego... es decir, muy pronto... vienen los años...

Algunas desechan la monomanía.

Otras mueren con ella.

De cualquier modo, desde que dejan de ser hermosas no pertenecen a esta fisiología.

¡Pobre fea! Tú eres fea desde la cuna al sepulcro.

La hermosa lo conoce todo: los esplendores del día y las tinieblas de la noche.

¿Qué pensará de sí misma una vieja que haya sido hermosa y coqueta, cuando recuerde su juventud?

Preguntádselo y os contestará:

—¡Dichosa edad! Entonces no se piensa en nada.

No dirá esto una vieja que haya sido fea.

«¡¡No se piensa en nada!!»...

He aquí el retrato de la hermosa hecho por ella misma.

VERDADES DE PAÑO PARDO

«...ese... ¡que reviente!»

VICTOR HUGO,—*Napoleón el pequeño.*

I

Málaga.

Tiene usted mucha razón, querido Salvador: soy un indolente, y nuestra enciclopedia reclama más de un desvelo mío.

Voy, pues, a satisfacer en este mismo instante mi deber y su demanda escribiendo...

Yo no sé qué cosa.

Juro a usted que no me siento inspirado; que me hallo en uno de esos momentos de indiferencia glacial, en que nada parece injusto ni justo, bueno ni malo, y que no encuentro en mi corazón ninguna tendencia que proponer a los torpes rasgos de mi pluma.

¿Qué hacer? ¡Ah!

He aquí que el honrado artesano amigo y «hermano» mío, que me ha prestado su escritorio para hacer este artículo, entra de pronto quejándose de los apuros en que el Gobierno ha pues-